

LAS CULTURAS INDÍGENAS EN ALGUNOS PENSADORES NOVOHISPANOS

Ernesto de la TORRE VILLAR

Hablar de la presencia de las culturas indígenas en los pensadores novohispanos es referirse a la historiografía del siglo XVI, desde fray Bernardino de Sahagún hasta fray Juan de Torquemada, pasando por fray Andrés de Olmos, fray Jerónimo de Benavente (Motolinía), fray Jerónimo de Mendieta y muchos otros. La gran crónica del siglo XVI está toda, o casi, consagrada al estudio del mundo indígena tanto por una finalidad misionera y de evangelización, como de conocimiento de la sociedad que se trataba de encauzar y también de enlazar históricamente con la historia universal. El gran afán histórico etnológico de Sahagún apunta en el sentido anunciado. Torquemada construyó monumental visión de la sociedad india a la que insertó dentro de la concepción política del Imperio Español.

Por brevedad y porque agotar el tema excede los límites de tiempo y espacio voy a intentar hacer algunas reflexiones sobre este punto de nuestra agenda, sin que eso implique agotar sus posibilidades.

Diego Valadés

He escogido algunos personajes para ello. El primero lo constituye fray Diego Valadés y su *Retórica Cristiana*¹ Hace más de quince años, al orientar al padre Esteban Palomera en la redacción de su tesis, conocí, en esmerada traducción, varios capítulos de la *Retórica*, aquellos en los que describe costumbres y ceremonias del mundo indígena. Maravilla pensar como Valadés en su gran aparato retórico incluyó dichos ejemplos como casos válidos para la mejor comprensión de su obra. Construida su *Retórica* siguiendo los cánones europeos, llenos de citas de la mitología y la historia clásica, selecciona breves aunque valiosas referencias de la cultura indígena y con base en ellas prosiguió y afianzó la magna construcción que tiene su obra. Hoy, cuando un grupo de

¹ Fray Diego Valadés, *Retórica cristiana*, introducción de Esteban J. Palomera, advertencia de Alfonso Castro Pallares, preámbulo de Tarsicio Herrera Zapién, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica. 1989. lvii-866 p.

sabios ha vertido al español la obra completa, con lo que nos enteramos de su riqueza y trascendencia, comprendemos mejor que antes el significado de ese hecho.

La vida de fray Diego transcurrió en Nueva España, inmerso en el mundo indiano en donde aprendió, junto con el español, el náhuatl y el latín, y donde pasó cerca de tres décadas consagrado a su labor misionera, mediante la cual pudo conocer el variado mosaico cultural que ofrecía la población indígena, todo lo cual dejó impreso en su alma y en su intelecto, vivencias muy hondas, experiencias muy variadas. La presencia en su vida de dos personajes de indudable valor espiritual e intelectual, uno fue Fray Pedro de Gante, con quien convivió en su adolescencia y juventud, a quien auxilió y de quien llegó a ser considerado casi como auxiliar y secretario, así como también la amistad trabada años después con otro gran misionero, creador de la obra más perfecta sobre misionología, fray Juan Focher, ambos extranjeros, uno flamenco, francés el otro, marcaron toda su vida. A uno lo siguió como maestro, como bienhechor. A Focher lo quiso como amigo y maestro. Ambos formados en un ambiente de amplia y recia cultura modelaron la personalidad de fray Diego y su presencia singular en el mundo misional influyó en la formación espiritual e intelectual de Valadés. Columnas fundamentales de la labor misional, Gante y Focher transmitieron su gran saber, su rica espiritualidad y su cultura humanística a fray Diego, ellos lo formaron con un sentimiento de admiración y amor hacia los indios. Ellos, que captaron el gran valor del alma indígena, forjaron en su mente y corazón sensibles, una predisposición y un afecto cordial hacia el mundo indiano. A través de ellos y de otros frailes santos y sabios como Sahagún, Bassacio y Olmos, quien antes de Valadés misionó en tierras de chichimecas, éste tuvo noticia de la racionalidad y también de la fiereza de aquellos indios indómitos. Una visión humanística de los indios se formó en Valadés y su actividad misionera le permitió apreciar el valor de las costumbres, religiosidad y forma de ser de los nativos. Afirma Valadés en su obra, que “los indios han sido instruidos con mayor cuidado que los moros de España, son de un natural más tratable, más mansos, más pacíficos y de trato más fácil”, son pacientes, resignados y más dados a la devoción, tienen sencillez de paloma o de cordero “y están llenos de una fe tan grande que podemos llamarla eximia”.

Valadés realiza la descripción de las costumbres de los indios y se detiene en el momento que la evangelización comienza a dar frutos sensibles, en el momento en que se puede “reconocer y admirar prácticamente el maravilloso efecto de la divina palabra predicada por los misioneros”.

Después de describir al territorio novohispano del que dice que “parece ser el más grande entre todas las regiones que el sol contempla. Pues ni por razón del calor o del frío puede llegar a ser inhabitable, con sus amplias llanuras, cubiertas de campos y surcadas por muchísimos ríos . . . de suerte que se cosecha ahí mejor que en las demás partes del Nuevo Mundo que hasta el presente han sido conquistadas”. Así una vez que ha elogiado abundantemente las condiciones espirituales y la bondad que el indio tiene, pasa a describir sus formas de vida. Al hablar de sus ciudades, de sus palacios, templos y casas, las describe en un tono idílico, exaltando su grandeza. “Los templos están frecuentemente colocados en montículos hechos por ellos mismos y tienen una forma semejante a las pirámides de Egipto. Los españoles llaman a esos templos cues. Estaban rodeados de muros muy elegantes y cerrados por medio de canales o celosías. Se llegaba a ellos por medio de artificiosas escalinatas adornadas de muy diversas maneras”.

“Estos templos tenían, además, patios y pórticos de gran magnificencia, así como espléndidas habitaciones para los sacerdotes de los ídolos y otras destinadas a guardar las ofrendas de los dioses”. . . . “Embelllecían esos templos: jardines, amenas fuentes, baños termales, albercas y verdes huertos deliciosos por sus flores y sus árboles, pues tienen flores de exquisita y variada fragancia”. “Plantaban en esos huertos, con grande cuidado árboles muy anchos y frondosos; tanto así que bajo la sombra de uno de esos árboles podían estar mil hombres sentados, a la manera que acostumbran los indios. . . .” “Los pontífices dedicados al culto de los templos residían en ellos”. “Adosados a los muros del templo se habían construido asientos modestos y bajos; y habían también allí sillas plegadizas, con sus respaldos, todo hecho de junco y pintados de diversos colores, pues saben teñir los juncos con variados colores. Tienen además otras sillas de madera pintadas de mil maneras y con figuras de árboles y aves. Y mantenían todos estos sitios muy limpios como lugares destinados para sus bailes y danzas. . . . Todos bailaban en esos bailes con agilidad y donosura. . . . Los nobles iban cubiertos con vestidos cortos y ajustados hechos de paño grueso, adornados de flores y tejidos con mucho arte, con los cuales se ceñían por razón de honestidad. En su confección se ocupaban las mujeres con mucha industria y tejían largas cintas del mismo paño o de plumas de aves, y (cosas de ser dignas y admiradas) usaban brazaletes de oro y plata recubiertos de piedras raras o de plumas preciosísimas. . . . Cada uno depositaba sus ofrendas sobre las mesas y escalinatas según sus propios recursos, a saber: oro, plata, tapices, aves, manjares o alguna otra cosa que suministraran de sus tesoros. Los hombres que debían ser sacrificados, o se ponían de pie voluntariamente, y eran los

que se habían ofrecido, según ellos lo imaginaban, por el bienestar público, o eran elegidos echando suertes; o bien los ídolos manifestaban su preferencia por alguno conforme al efecto o malevolencia de los sumos sacerdotes; o en fin eran arrastrados contra su voluntad: como cuando se trataba de inmolar a los hechos prisioneros al enemigo, en las guerras en las que se destrozaban unos a otros”.

Menciona como cosa reprochable esa costumbre que se cebaba sobre la población, pues se llegaban a sacrificar en determinadas fechas cientos de prisioneros. Señala que esa bárbara costumbre cesa como fruto de la labor de los evangelizadores.

La descripción de fiestas y costumbres de los indios está realizada en forma admirativa, salvo la condena que hace del culto idolátrico. Publicada en 1579, la *Retórica* se adelanta en cuanto a fecha de impresión a las numerosas obras de la crónica general como lo fueron Motolinía, Mendieta, Sahagún y puede derivarse en cuanto a los elementos positivos que contiene, como el primer pensador novohispano que alaba el adelanto cultural de los indios, el primero que hace llegar a Europa dos siglos antes de que los hiciera el padre Márquez, una valoración de los elementos positivos de las culturas precolombinas. Valadés resulta ser el primero de los humanistas novohispanos que reflexiona desde un punto de vista espiritual y estético en el pasado indígena, del cual destaca numerosos elementos dignos de figurar en una obra de alto carácter intelectual que ofrecía la cultura novohispana a la Europa humanística. Valadés toma para ilustrar su obra el ejemplo de un pueblo que merecía figurar como cualesquiera de los pueblos de la historia universal. Halla en el México antiguo, elementos valiosos que debían ser considerados y estimados al igual que los que presentaban las culturas del Viejo Mundo.

Carlos de Sigüenza y Góngora

Cien años habrían de transcurrir para que otro mexicano ilustre incorporara en una de sus obras, en el *Theatro de Virtudes políticas*,² otra amplia visión de la cultura indiana. Sigüenza y Góngora no se va a referir a los aspectos materiales de ella, a sus monumentos, a su arte, religión y costumbres, sino a un aspecto superior, el de su civilidad, de su capacidad de estadistas, de gobernantes eficaces de la sociedad. Señala

² Carlos de Sigüenza y Góngora, *Theatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe, advertidas en los monarcas antiguos del Mexicano Imperio, con cuyas efigies se hermoosó el arco triunfal, que la muy noble imperial ciudad de México erigió para el digno recibimiento en ella del excelentísimo señor virrey conde de Paredes, marqués de la Laguna, etc.*, México, viuda de Bernardo Calderón, 1680.

que muchos aspectos de la cultura indígena han sido desdeñados por los propios mexicanos y que lo que se sabe de ellos se debe a extranjeras plumas. Para remediar este hecho y huyendo de la costumbre de “hermosear sus escritos y representaciones con mitológicas ideas de mentirosas fábulas”, él escogió, para dar sentido y hermosura al arco del triunfo que se erigía en ocasión de la entrada a México del virrey conde de Paredes y marqués de la Laguna, valerse de los reyes y emperadores del México antiguo, para significar las virtudes morales y políticas que debe tener todo gobernante. Así afirma: “Y si era destino de la fortuna, el que en alguna ocasión renaciesen los mexicanos monarcas de entre las cenizas en que los tiene el olvido, para que como Fenizes del Occidente los inmortalizase la fama”, es por eso que ha decidido, al mencionar a los señores de los indios, exaltar las virtudes que poseyeron y las cuales se debían equipar con las que portaba el nuevo virrey.

“Es el amor a la patria —afirma— la causa de que despreciando las fábulas se haya buscado idea más plausible con qué hermosear esta triunfal portada”. Utilizando los ejemplos de civilidad que ofrecían los señores mexicanos, indica al conde un camino a seguir. Es así el ejemplo de ellos, real y positivo el que debe normar las acciones del gobernante español.

Al aquilatar las virtudes de los reyes y emperadores indios, también menciona las penalidades que sus súbditos han pasado, sobre todo “los miserables indios que los españoles, y si algunos en particular, a los de México gente arrancada de sus pueblos, por ser los más extraños de su provincia, gente despedazada por defender su Patria, y hecha pedazos por su pobreza. Pueblo terrible en el sufrir, y después del cual no se hallará otro tan paciente en el padecer, gente que siempre aguarda el remedio en sus miserias, y siempre se halla pisado de todos, cuya tierra padece trabajos en repetidas inundaciones”.

Así, elogiando en Acamapichtli la esperanza; en Izcoatl la prudencia; en Cuauhtémoc la constancia, muestra al nuevo virrey las virtudes que deben poseer los gobernantes y también reivindica a su pueblo que sufría ya más de centuria y media, la dominación, pérdida de su libertad y la recia servidumbre a que estaba sometido.

Al señalar al marqués de la Laguna que en México existía una forma de gobierno en la que las virtudes de los gobernantes eran apreciadas y estimadas, le insta a perseverar en ella. Al mostrarle la grandeza moral de sus antiguos señores, al revelarle los atributos que aquellos ostentaban, le indicaba la alta civilidad, a la que habían llegado y le instaba a igualarlas.

Sigüenza, al hacer el elogio de las virtudes de los reyes indios, propone una forma de gobierno, una manera de regir a una colectividad, la

aplicación de valores morales y políticos de que la antigüedad indiana ya se había favorecido. Revela así que la sociedad mexicana había gozado de un régimen de gobierno nada desdeñable, régimen que los mandatarios españoles tenían la obligación de superar.

En su *Theatro de Virtudes*, a través del análisis que hace de los reyes y emperadores del Anáhuac, traza Sigüenza un esbozo sencillo, claro, del sistema institucional del mundo indiano, de su organización jurídico-política, la cual contaba con muchos elementos positivos, entre otros las virtudes peculiares de sus gobernantes. Al atribuirles virtudes esenciales, Sigüenza revela el aspecto humano de los señores de México, aspecto importantísimo, pues de él derivaron los principios en que se asentaba el mexicano gobierno.

Muchos otros aspectos y ejemplos se pueden rastrear en la obra de Sigüenza que comentamos, pero valgan por ahora los ya señalados, los cuales fueron descritos en sonados versos y en los dibujos que representan a todos y cada uno de los doce señores. Hay que señalar que también en otras obras como la *Primavera indiana*³ y las *Glorias de Querétaro*⁴ hace mención de otros aspectos más que redondean la visión que tuvo del México precortesiano.

Juan José de Eguiara y Eguren

En la primera mitad del siglo XVIII novohispano brilla como gran constelación la generación a que pertenecen José Antonio de Villaseñor y Sánchez, Andrés de Arze y Miranda, Cayetano de Cabrera y Quintero, Juan de Villasánchez y muchos otros en los que junto con su gran sentimiento nacionalista aunan la sabiduría que se muestra en sus obras, en su vasta cultura que les permite abordar, con su gran capacidad de trabajo, diversas obras y empresas intelectuales.

Todos ellos criollos, formados en su mayor parte en los colegios de la Compañía, revelan la sólida formación recibida, vasta y profunda, su enorme erudición universalista, su arraigo y acendrado amor a la patria. Aún cuando todos ellos destacan en la vida cultural y espiritual de la Nueva España y en la dirección de la sociedad, debemos considerar que es don Juan José de Eguiara y Eguren el más destacado. Eguiara, nacido en la ciudad de México el año de 1696, fue educado en el Cole-

³ Carlos de Sigüenza, *Primavera indiana. Poema sacrohistórico, idea de María Santísima de Guadalupe, copiada de flores*, México, viuda de Bernardo Calderón, 1668.

⁴ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro en la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe, con que se ilustra, y en el sumptuoso templo que dedicó a su obsequio D. Juan de Cavallero y Ocio, presbytero, comisario de corte del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición*, México, viuda de Bernardo Calderón, 1680.

gio de San Ildefonso, al igual que otros de sus coetáneos distinguidos, y posteriormente en la Universidad en la que fue alumno, catedrático y Rector. También a más de excelente y virtuoso hombre de iglesia preocupado por la formación de la juventud y clero secular para quien fundó la Academia Neriana, consagró su vida a la enseñanza de la teología y filosofía y a la dirección espiritual y religiosa de la sociedad mexicana.

Eguiara, hombre de pasmosa erudición, incansable trabajador, conocedor como pocos del alma de los mexicanos, del espíritu colectivo que regía a esa sociedad, al tener noticias de que un destacado publicista español, el deán de Alicante, Manuel Martí, difundía en una de sus obras la idea de que América era un continente atrasado, negado a la cultura, se hizo eco del disgusto y protestas que en su grupo suscitó tal afirmación. Para contrarrestarla Eguiara se propuso formular una obra que mostrara la capacidad de los novohispanos mencionando, a través de detenido catálogo, los frutos de la cultura colonial. Sostiene Eguiara que una cultura se forma a través de aportes intelectuales y espirituales; que en Nueva España la labor de innúmeros hombres, superiores intelectual y espiritualmente, había logrado formar amplia cultura y sostiene que ella deriva tanto de los valores del Viejo Mundo, aportados por cientos de personas y a través de varios siglos, como de los valores del mundo y la civilización precortesiana. Una doble raigambre, ibérica e indígena era la que había formado a través del tiempo la cultura mexicana. Nutrido catálogo de los exponentes más significativos en el campo intelectual, pero también en el espiritual, revela la calidad, el valor y la hondura de la cultura mexicana. El catálogo que formula, que revela sus grandes conocimientos en todos los campos, servirá de muestra de la riqueza intelectual y espiritual que México pudo formar. En ese catálogo figuran tanto los sabios, eruditos y hombres espirituales venidos de Europa, como los naturales de esta tierra. Si la mayor parte de la obra es el enorme inventario que elabora, parte esencial y principalísima son la serie de prólogos o anteloquia que le sirven de introducción, y en los cuales realiza la explicación y valoración de las dos herencias constitutivas de la cultura mexicana. Esos prólogos que preludian la obra de más de tres mil sujetos ahí consignados, representan la defensa de las culturas precolombinas y su exaltación ante la ignorancia que el deán Martí mostraba en sus epístolas. Así, en los primeros prólogos, Eguiara se consagra a mostrar, y lo hace con profundo y sano conocimiento del mundo indiano, las excelencias que ese mundo poseía. Al hacerlo valora a las culturas indígenas, sus aportes más significativos y estima que sin esos afrontes la cultura novohispana no existiría.

Los cinco primeros prólogos los consagra a mostrar la ignorancia o desconocimiento del deán Martí respecto al pasado indígena, defecto surgido tan solo de la ignorancia más supina, y agrega: “si hubiese atentamente examinado los monumentos de nuestros mayores y hojeado las crónicas escritas así por españoles como por extranjeros, de seguro no hubiera graduado de ignorantes a los indios mexicanos”.

Cierto es que desconocieron el uso del alfabeto con que las naciones europeas se sirven para comunicar a la posteridad la memoria de sus hechos, los frutos de su inteligencia y sus conocimientos científicos, mas no por eso ha de tachárseles de brutos e incultos, ignorantes de todas las ciencias y desconocedores de libros y bibliotecas.

Bajo estos lineamientos Eguiara examina los medios de transmisión del conocimiento de los indios, señala cual era el sistema variado y muy desarrollado que tenían y como esos medios sirvieron a los religiosos y estudiosos para elaborar sus obras tal como lo hicieron Sahagún y el padre Tovar. Explica el celo de algunos religiosos que destruyeron muchos de esos libros y menciona algunos de los existentes, su finalidad y sentido. Igualmente informa de la existencia de bibliotecas y archivos y como algunos eruditos, entre otros Siguënza, los emplearon. Da noticias de cómo un buen inventario de ellos es el que compuso el caballero Boturini.

Discurre Eguiara citando las finalidades de esos libros, una de las cuales era perpetuar mediante representaciones figuradas la cronología y exacta sucesión de los siglos de su historia, en la cual superaron sin duda a los más sabios de los egipcios. Este aspecto lo hace fundamentándose tanto en las obras de Kircher, cuyos trabajos sigue muy de cerca, sobre todo su *Oedipus aegyptiacus*, como en autores novohispanos como fray Diego de Valadés. El conocimiento de las historias y crónicas de Torquemada, Acosta, Cogolludo, Vetancourt, Gómara, Solís, etcétera, sirven a Eguiara de apoyo para disertar en torno de los medios de transmisión del pensamiento y esas y otras múltiples obras las utilizará para hablar de los monumentos insignes que tenían en sus ciudades. Es notable el enunciado de obras y autores relacionados con las culturas precolombinas que Eguiara utilizó. Una vez mostrado el valor de esos elementos, pasa Eguiara a narrar cómo se formaba el conocimiento entre los antiguos mexicanos. Nos habla entonces del sistema educativo, muy elogiado por Lipsio y otros autores del mismo nivel, y concluye que existían escuelas y colegios en que se educaba su niñez y juventud, existentes en México y en Texcoco. De este último lugar mencionará que a instancias de Netzahualcóyotl se formó, a manera de academia, un núcleo de poetas y músicos, así como de astrólogos, historiadores y cultivadores de otras partes, para que “confiriendo entre sí y discutiendo

do sus problemas, saliesen cada día más prácticos y sabios”.

El prólogo sexto, “trata de la afición de los mexicanos por la poesía y la oratoria, su pericia en la medicina, su legislación, organización de la justicia, su ingenio y habilidad en las artes mecánicas”. Un párrafo en torno de la organización jurídico-política nos muestra el entusiasmo y conocimiento de Eguiara sobre la cultura indígena. “Que otra cosa —escribe— como no sea cultura o inteligencia, revelan las leyes que para el buen orden de su república fueron promulgadas por los emperadores mexicanos, con consejo de personas sabias y experimentadas. Tan conforme a la razón encontramos las concernientes al gobierno político y doméstico, que haber ido unidas a las normas de la verdadera religión, nada hubiera faltado para la consecución de una duradera y completa felicidad de imperio tan extenso”. Luego de disertar sobre varios aspectos de la cultura precortesiana, Eguiara concluye “como lógica consecuencia” en el séptimo prólogo, “que los mexicanos deben ser con razón contados entre los pueblos cultos”.

Abundantísimas y ricas son las conclusiones que en torno del valor de las culturas indígenas hace Eguiara y después de hacerlo pasa a reseñar la labor civilizadora realizada a partir de la conquista. Habla Eguiara de los colegios, escuelas y universidades, de la calidad de sus estudios y como a partir del establecimiento de los europeos la labor civilizadora ha continuado, con lo cual la Nueva España no está exenta de ser una nación altamente culta y la cual debe tenerse como nación excepcional.

El conocimiento y amor que Eguiara puso para valorar a las culturas indígenas, a sus portadores, a sus instituciones y para mostrar que la fusión de las dos culturas, de dos formas de ser diferentes, había producido una cultura superior, adquiere, en los prólogos a la *Bibliotheca Mexicana*, el sentido de un alegato apologético recio, sincero, verídico. Al exaltar los aspectos esenciales de las culturas precolombinas, al señalar sus valores, sus aportes, al mostrar que ese mundo era comparable con los mundos de el Viejo Mundo, y por lo tanto que tenía la posibilidad de integrarse en el campo de las altas civilizaciones, Eguiara valoró en su totalidad la importancia de esa raíz como formadora de la cultura mexicana, no la desdeñó sino que la acogió en su totalidad, la hizo figurar como una de las columnas o bases del desarrollo intelectual y espiritual de México.⁵

⁵ Juan José de Eguiara y Eguren, *Bibliotheca Mexicana*, edición de Ernesto de la Torre Villar con la colaboración de Ramiro Navarro de Anda, prólogo y versión de Benjamín Fernández Valenzuela, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, 1986, 5 v.

Antonio de León y Gama

En este rápido repaso en el que vemos como el mundo precolombino fue visto por los humanistas mexicanos de la época colonial mencionaremos al sabio Antonio de León y Gama (1735-1802) quien al lado de obras científicas como las dedicadas a explicar los eclipses, la longitud de la ciudad de México y otras más, publicó la *Descripción Histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*.⁶ En esta obra, como el mismo asienta como título explicativo de su contenido, “Explícase el sistema de los calendarios de los indios, el método que tenían de dividir el tiempo y la corrección que hacían de él para igualar el año civil, de que usaban con el año solar trópico. Noticia muy necesaria para la perfecta inteligencia de la segunda piedra: a que se añaden otras curiosas e instructivas sobre la mitología de los mexicanos, sobre su astronomía, y sobre los ritos y ceremonias que acostumbraban en tiempo de su gentilidad”

Este libro que en nuestra bibliografía arqueológica resulta ser una de las primeras piezas de ese género, da cuenta antes que ninguna otra del notable hallazgo hecho en la plaza principal de la ciudad de México de la piedra del sol y de la Coatlicue, y es el primer intento de descripción científica de esos monolitos extraordinarios. León y Gama, ateniéndose a los estudios sobre antigüedades de los indios, principalmente los de Sigüenza y Veytia, realiza una explicación en torno de los conocimientos astronómicos de los indios, del uso y manejo del tonalamatl, de su sistema calendárico y de ciertos aspectos del panteón indígena y su relación con los astros. Su explicación ajustada a lo que hasta entonces se conocía, es muy acertada en varios aspectos y muestra el interés que en un sabio de su época despertaban las antigüedades mexicanas que se iban descubriendo. La explicación de León y Gama no dejó de despertar opiniones en contrario, pues “luego que se publicó el cuaderno, escribe, comenzaron a aparecer algunos críticos, pretendiendo interpretar a su arbitrio los geroglíficos que las adornan, sin más conocimiento de la historia antigua, que los que le ministraba su propia idea o su capricho dudando o contradiciendo, lo que fundado en tantas autoridades y pruebas escribí”.

Testigo de visu en el desentierro de esas piezas maestras de la lapidaria y escultura náhuatl, León y Gama actuó científicamente y propor-

⁶ Antonio de León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*, edición de Carlos Ma. de Bustamante, 2a. ed., México, Valdés, 1832, 148 p.

cionó una explicación razonada, crítica, de objetos tan extraordinarios. Resulta, ante la impresión que le producen las dos piedras, impresión estética y a la vez arqueológica en su lato sentido, el primer descriptor serio de nuestras antigüedades y el primer científico mexicano asomado al campo de la cultura indígena.

Pedro José Márquez

Este jesuita expulsado de México cuya belleza y grandeza histórica supo captar en sus obras, nació en la jurisdicción de León en 1741 y murió en México, vuelto del destierro, en 1820. En Roma, en contacto con la antigüedad clásica que le atrajo y ocupó apasionadamente, recordó la grandeza arquitectónica del México prehispánico y acerca de dos monumentos que son un joyel en el patrimonio arqueológico mexicano, Xochicalco y el Tajín en Papantla, escribió dos disertaciones llenas de atisbos estéticos extraordinarios y de agudas apreciaciones sobre la cultura de los antiguos mexicanos. Ellas son: *Due antichi Monumenti di Architettura Messicana*. . . , publicada en Roma en 1804.⁷

Márquez, seguro como Julián Garcés de la capacidad racional de los indios, asienta que: “Con respecto a la cultura, la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción —enseña la filosofía en todo clima—, el hombre es capaz de todo”. Sentado este principio de universal comprensión, el padre Márquez, en un párrafo que no tiene pierde, sintetiza la cultura de los antiguos mexicanos al escribir: “En todas estas naciones, además de la cultura del gobierno político, que las mantenía en equilibrio, y de las leyes con que se conservaba el orden interno, crecía el comercio y se guardaban las propiedades; cultivábase también el estudio de las cosas científicas así prácticas como especulativas. Sin hablar de las curiosas manufacturas en oro, plata, cobre y piedras duras, tan alabadas por los primeros historiadores y conquistadores que las vieron; ni de las muchas telas que en gran número y variedad sabían tejer y de las cuales se deduce su gusto artístico, deberían recordarse en particular sus conocimientos astronómicos y arquitectónicos, ya que de semejantes conocimientos entre los caldeos, asirios y egipcios se deduce indudablemente su antigua ciencia. Del mexicano saber persuadirán las no pocas noticias sobre sus calendarios que fre-

⁷ Publicada en español en Pedro José Márquez, *Sobre la belleza en general y dos monumentos de arquitectura mexicana. Tajín y Xochicalco*, edición de Justino Fernández, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1972, 208 p.

cuentemente se leen en los historiadores a los cuales remitimos a quien de ello quiera informarse, y especialmente a la docta disertación del señor Gama, sobre una piedra desenterrada en México hace pocos años, disertación publicada allí por el mismo y que dentro de poco se verá traducida en estos países”.

Luego de hacer esta descripción cierta y razonada, Márquez diserta acerca de la belleza e importancia de los monumentos que describe, los cuales por sus proporciones, materiales, realización y significado, pueden parangonarse con los bellos monumentos que griegos y romanos erigieron en sus respectivas patrias. El padre José Márquez incorpora en el mundo del arte clásico universal a las construcciones hechas por los indios del Nuevo Mundo, y más concretamente de México. Luego de exaltar la grandeza y perfección de los edificios principales de Xochicalco y el Tajín, Márquez muy juiciosamente señala que en México, al igual que en Roma y Grecia, los portadores de esos valores y magnificencia no son los actuales pobladores, que aquellos desaparecieron en virtud de la conquista y dominación. “Los mexicanos de ahora, al igual que los griegos, están destinados a hacer en la gran comedia del mundo, el papel de la plebe; mas sus antepasados eran educados de muy otra manera: tenían maestros y libros, tenían otro gobierno y, en suma, eran los amos”.